

ramos.... tu hermano y yo... el castigo; él por haber marchitado mi pureza... y yo por débil.

Después, dirigiéndose á Laura, le dijo: "Amiga, huye de la seducción," y expiró.



## UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

EL CONCIERTO (1)

Se daba una noche en una casa, un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistían las más distinguidas familias de México. La función estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debía verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época, por un hermoso candil de cristal, en que ardían diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes

(1) Las escenas que vamos á referir son tomadas de un caso cierto, sucedido en México: hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personas, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.

candelabros, se repartían por el resto de la pieza. Aquella luz era más que suficiente para dejar ver un cielo raso de buen gusto, y los lujosos y exquisitos cuadros que rodeaban la sala, representando algunos pasos del antiguo Testamento. Como se esperaba mucha concurrencia, se habían dispuesto las sillas en tres órdenes ó hileras, para poder contenerla. En las puertas de los balcones se veían ricas colgaduras encarnadas y blancas, sostenidas por flechas de latón, llenas de relieves. Al frente de la puerta por donde se entraba, estaba colgado un magnífico piano inglés de cola, de voces brillantadas y muy sonoras: el teclado era de toda la extensión, y la madera del piano, la llamada de rosa. En el centro de la sala se veían varios atriles, para los papeles que se habían de tocar.

A las ocho y media de la noche, la sala estaba completamente llena de un numeroso concurso: las señoras, luciendo sus suntuosos vestidos y adornos, daban un encanto mayor á la función: sedas y terciopelos, blondas trapeadas, oro y pedrería, era en la mayor parte, con lo que estaban adornadas; en todo brillaba el buen gusto. Entre las señoras que allí estaban, se veía una joven que apenas rayaría en los dieciocho años. Su fisonomía era dulce y expresiva; sus grandes ojos, negros, rasgados, daban gran realce á la blancura de su rostro; su tez era

suave y delicada; sus facciones, todas finas y proporcionadas; advirtiéndose en su conjunto cierto aire de bondad y candor, si bien sus miradas y sus movimientos revelaban mucha viveza, ó tal vez una secreta inquietud que la oprimía. Llevaba un vestido de seda color de rosa, y se recogía en su esbelta y delicada cintura un "sobre-veste" de punto blanco trapeado. Por sobre de su pecho pasaban de uno á otro lado unos cordones violados, entretejidos en forma de red, y la fina "camisola" de su vestido dejaba ver un seno de alabastro, y aun se notaba su respiración. Un grueso hilo de ámbar rodeaba su garganta, tan blanca, tan tersa y bien formada, que parecía la de la Venus de Fidias. Sus torneados brazos estaban cubiertos, hasta la mitad, por un guante de seda blanco, bordado de oro y acero: su negro y largo pelo, en fin, hecho rizos, le caía sobre la espalda.

El concierto comenzó; los jóvenes filarmónicos, que ocupaban el centro de la sala, comenzaron á tocar la brillante obertura de "Norma." Los suavísimos acentos de aquella pieza, llena de melancolía y de expresión, llamaron la atención general, inspirando bien pronto, aun en los pechos más helados, sensaciones dulcísimas del todo nuevas, porque la música, y sobre todo la de "Norma," habla al corazón, y desperta las ilusiones que yacen dormidas en su

fondo. Concluída la obertura, la sala quedó más despejada, pues los jóvenes filarmónicos salieron de allí con sus instrumentos, y entonces siguió la parte del canto. Una señorita acompañada del piano, cantó una aria coreada, concluyendo con la de "Casta Diva." La dulzura de su voz era tanta; recorría con tal facilidad una escala desde la nota más grave hasta la agudísima; y su voz firme, melodiosa y llena de expresión, sostenía tanto una nota, que al tiempo de concluir, recogió miles de entusiasmados y sinceros aplausos. Mientras pasaban estas escenas, la joven de que hemos hablado, permanecía á ratos con los ojos bajos, y otros los levantaba y los dirigía á la puerta, y en seguida se ruborizaba, y volvía á inclinarlos; porque sus miradas se dirigían á dos hombres que se hallaban de pie á la entrada del salón. El uno era joven, de regular presencia y elegante vestido; sus facciones se alteraban frecuentemente, y su fisonomía revelaba algún pesar secreto.— El otro era más entrado en edad; pero su vigor y su presencia eran de un joven. Los dos entre sí se miraban siniestramente, y en sus ojos se leía una oculta conmoción. Cuando concluyó el canto, salió al corredor el joven, y se empezó á pasear á lo largo; á pocos minutos salió el segundo, y con tono afectuoso le dijo:

—¿Qué le ha parecido á vd. el concierto?

—Bueno.

—¿No más bueno?

—Todo lo que vd. quiera.

—Pues á mí me ha parecido excelente.

—Lo mismo á mí.

—En esta señorita he creído oír á la ponderada Pellegrin.

—Está bien.

—Supongo que vd. está un tanto incómodo, y por eso me retiro.

—Corrientes.

—Porque tal vez de lo contrario... reñiríamos.

—Corrientes.

—No tengo muy buen genio.

—Ni yo tampoco.

—Pues vale más evitar un disgusto.

—Como vd. quiera.

—Quede vd. con Dios.

—Gracias.

Y ambos se separaron; pero antes se lanzaron una terrible mirada.

A las once de la noche se tocó la grande obertura del acreditado compositor mexicano D. Juan Beristain, cuya muerte, á los veintitrés años de su edad, segó las esperanzas que tenían sus compatriotas, de presentar un genio músico, sólo comparable con Rossini ó Donizetti.

Después siguieron otras piezas de canto, sacadas de óperas bufas, como el "Elixir de amor," la "Escaramuza" y "Beti." La joven

de que hemos hablado, salió con otras señoras al corredor, porque deseaba el fresco, y al verla, se reunieron los hombres de la conversación anterior. Luego se dejaba ver que eran dos rivales, pero aún no llegaba el tiempo en que haciendo proezas de valor, conquistaran á punta de espada la mano de la señora de sus pensamientos.—Isabel, dijo el mayor de ellos, habeis estado triste en el concierto, y á fe mía, que no ha habido función de más gusto.

—No, no he estado triste, por cierto.

—Tal me ha parecido, dijo el joven; ni cómo podía estar triste Isabelita, cuando no tiene sino muchos motivos de gozo y alegría. ¿No es verdad, Isabel? Después, con amarga ironía, prosiguió: No dudo que lejos de estar triste Isabelita, mil ilusiones risueñas ocuparán su mente. ¡Tiene tanto atractivo la riqueza! ¡Eso de relacionarse con personas de alto quirió, es muy halagüeño!

—Enrique, dijo Isabel sonrojándose, hablais de broma, pero...

—¡De broma! No, Isabel, me lo dicta el corazón, y vos lo sabeis.

Durante este diálogo, las otras señoras hablaban entre sí del concierto, y el rival se había separado, para saludar á un general que salía del salón. Isabel y Enrique conversaban en voz baja.

—Os decía, Enrique, continuó Isabel, que

sois en extremo ligero para juzgar con tanta facilidad.

—No señora, no es ligereza. ¡Ojalá lo fuera! No llevara entonces en el corazón esa espina punzante, esa agonía lenta y bárbara que me destroza.

—Yo os juro que son frívolos vuestros recelos, son infundados.

—¿Lo jurais?

—Por mi honor, Enrique.

—De lo contrario... no respondo de mis acciones... venganza... sí, pero venganza horrible... ¿Lo oís?

En este momento cesaban las armonías de la música; el concierto había concluido, y muchas personas salían de la sala. Enrique se aprovechó de la multitud, y acercándose á Isabel, le dijo con emoción:

—Isabel, acordaos de vuestro juramento. ¿Me prometeis constancia?

—Sí.

—¿Jurais que despreciareis á D. Juan y sólo sereis mi esposa?

—Sí, sí, todo lo juro.

—Dadme vuestra mano... Isabel, concluyen mis penas. Desde ahora os amo más, porque ya no tengo temores. Adiós.

—Supongo que el sábado ireis á casa.

—Sí iré.

—Cuidado con faltar. Adiós, Enrique.

Discretamente estrechó Enrique la mano de Isabel, y se ausentó ya sin temores de inconstancia por parte de su querida.

À las doce de la noche salían Isabel y D. Juan, con el resto de la familia.

## II

.....  
"Triste de aquel que de mujeres fia."

Ocho días habían pasado de estos sucesos; la calma y la tranquilidad habían renacido en el corazón de Enrique, que había gozado muchas horas de inocente conversación con Isabel. Mas siempre al despedirse le exigía los mismos juramentos de constancia.

Una mañana se dirigía Enrique á la casa de su amada, cuando encontró un amigo.

—¿A dónde te diriges? le preguntó éste.

—Voy á visitar á Isabelita\*\*\*

—Estará contentísima.... Sabes, me repugna la dichosa Isabelita, por su vanidad... casarse sin amor.... sólo por el interés...

—¿Cómo! ¿Con quién se casa?

—Toma. ¿Pues qué no lo sabes?

—Nada sé.

—Pues señor, escúchame: la pretendía no sé quién, y ella correspondió; pero el novio era pobre, y esto bastó para desagradarla: un medio rico, D. Juan\*\*\* se presentó ofreció dinero, y... pero ¿qué te sucede, Enri-

que? Tú pierdes el color, y se te encienden los ojos.... Apostaría á que eres el amante desechado.... Si es así, tienes razón....

—Dime, exclamó Enrique conteniéndose, ¿es cierto lo que dices?

—Como estar tú parado.

—¿Pero en qué te fundas?—No lo dudes, Enrique; mi hermano va á ser testigo, y esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?—A las ocho. Vaya, que siendo tú visita de la casa no lo sepas, es muy extraño. Nada, lo dicho, tú eres el novio.

—¿No me engañas, hombre?

—Dale: ¿quieres más pruebas?

—Sí quiero.

—Mira: allí viene un criado de la casa; le preguntaremos.—Dispense vd., amigo, ¿qué fiesta hay en la casa?—Que se casa la niña con el Sr. D. Juan\*\*\* en esta misma noche. Ya viene el repostero, que ha de poner el refresco.—Gracias, amigo.

El criado siguió su camino.

—¿Lo ves? Te has quedado atónito con la noticia.—Adiós; nos veremos.

—Espera un rato.

—No puedo, adiós.

—Mal te fué con tu querida.

—Pero aún queda un recurso....

—Sí, ¿cuál es?

—La venganza.

—¿Qué disparate! ¡Vengarse de una

mujer! Vaya... Adiós, Enrique, y no olvides este verso:

"Triste de aquel que de mujeres ña."

### III

#### DUDAS

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo había trastornado. Su frente ardía, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistía á dar crédito á lo que acababa de oír, porque le parecía imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le había hecho, de eterna fe.

—Es imposible, (decía, paseándose en su habitación, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia... Isabel me ama, me lo ha jurado... y sería necesario que tuviera un corazón de hiena para engañarme. Esta sería una conducta horrible... y no es capaz Isabel, no... Perdóname, Isabel mía... el que por un instante haya dudado de tu fe... pero... soy un necio... ¿no he oído á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos y derramaba llanto.

—¿Boda dije?... No, no habrá boda...

sangre... sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival... le clavaré en el pecho un puñal... y le despedazaré el corazón; y cuando él se revuelque en su negra sangre... conduciré á aquel lugar á Isabel... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo... acércate... ese lago de sangre es tu... tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querías unirte con él? ¿Pues qué te detiene? Y caería también sobre ella... y me gozaría en sus tormentos... y sus gritos de agonía... me serían tan dulces... como el canto epitalámico... me recrearía en sus convulsiones horribles... y... Mas... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos... Isabel es inocente, y yo un débil... pero... y lo que he oído... lo que he visto... no cabe duda... es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mío!

Enrique cayó desvanecido en un sillón; cerró los ojos, y un sudor frío cubría su rostro; de cuando en cuando se estremecía y apretaba los puños. Una hora después salió de su abatimiento, estaba pálido, y tenía el cabello erizado.

—Valor y serenidad, dijo levantándose. Yo me convenceré por mis propios ojos. Asistiré esta noche á su casa. Si es falso lo que se me ha contado, si Isabel me ama... yo seré su eterno adorador... pero si fuese cierto... entonces... mi venganza será

horrible. Sí, lo juro.... Isabel no llegará al tálamo nupcial.

## IV

## REALIEDAD

A las nueve de la noche, del día en que pasaron las escenas referidas, se observaba en el patio de la casa de Isabel un bullicio raro. Los criados entraban y salían con precipitación, y algunas familias, lujosamente puestas, se dirigían á una sala ricamente adornada. Después de un momento entraron á ella un eclesiástico y tres acólitos, con un mozo, llevando en una bandeja los paramentos religiosos.

—Todo está dispuesto por mi parte, dijo el sacerdote después de saludar á la concurrencia: ¿falta algo por la vuestra?

—Sólo la novia, respondió D. Juan\*\*\* alargando la mano al ministro sagrado.

—No habrá concluído sus adornos.

—Aquí la teneis.

Isabel se presentó con la mayor elegancia, y su llegada causó un murmullo entre la concurrencia.

—Sólo á tí se te aguarda, Isabel, dijo un calvo anciano, que era su tío; pues Isabel quedó huérfana desde muy niña.

—Ya estoy dispuesta, dijo á media voz. El sacerdote se revistió, los acólitos to-

maron los ciriales, se les dieron luces á los novios y á los padrinos, y se comenzó la ceremonia de dar las manos. El ministro leyó las oraciones rituales; le hizo á Isabel las preguntas acostumbradas, y al llegar á aquella: “¿Teneis dada á otro palabra de casamiento?” ambos novios se miraron furtivamente, y no respondió Isabel. El sacerdote reiteró su pregunta; Isabel palideció, y dirigió sus ojos á un grupo de gente que se hallaba en la puerta, presenciando la ceremonia; los bajó luego, y con voz cortada, dijo: “No.”

—Luego quereis, continuó el cura, recibir por compañero y esposo á D. Juan\*\*\*

—Sí, respondió Isabel.

En este momento se oyó en el patio claramente una voz que cantaba: “La perjura esposa no llegó al tálamo nupcial: la venganza cayó sobre ella.”

Isabel se puso pálida, y su esposo se estremeció involuntariamente; pero los concurrentes nada observaron, y la ceremonia concluyó.

Después de un exquisito ambigú, se retiraron los convidados, y D. Juan también salió, habiendo sido citado para la “velación,” al otro día, á las seis en punto.

Un hombre embozado siguió á Don Juan; la noche estaba oscura y horrorosa, y el viento soplabá con furia. Al llegar á una esquina por donde debía pasar, cuatro hom-

bres robustos lo sorprendieron; quiso gritar, pero uno de ellos le tapó la boca, y lo amenazó con un puñal. El hombre embozado mandó á los otros que le vendaran los ojos; así lo hicieron, y después de bien sujeto, lo metieron en un coche, que allí estaba prevenido.

—Vamos, dijo el embozado, os espera vuestra virtuosa esposa. Ya vereis vuestro tálamo nupcial.

El coche partió, y el hombre oculto dijo con risa amarga: “Me he vengado, y soy feliz.” Era Enrique.

## V

### EL DÍA DE LA VELACIÓN

Enrique condujo á D. Juan, en aquel coche, á una casa distante de la ciudad; lo encerró en un cuarto, y con aquella seguridad, se dirigió al amanecer á la casa de Isabel. Esta no había podido encontrar el reposo; los remordimientos la atormentaban, y parecía que herían sus oídos aquellas palabras de Enrique: “La esposa perjura no llegó al tálamo nupcial; la venganza cayó sobre ella.” Había conocido la voz de Enrique, y temblaba por el cumplimiento de aquella amenaza. Permanecía triste en una pieza acompañada de una amiga, que le daba los parabienes por su boda, cuando se oyeron

en el patio unas pisadas.—Ha llegado D. Juan, dijo la amiga.

—Has sido muy puntual, amigo mío; dijo Isabel al caballero que entraba.

—No te agrada mucho mi puntualidad, contestó el hombre.

Isabel iba á lanzar un grito, pero Enrique lo impidió.

—Isabel, le dijo Enrique, no te asustes, “amiga mía;” vengo á darte los parabienes por tu boda.

—Retiráos, señor, contestó débilmente.

—¿Que me retire? Serás obedecida. Pero dejando á un lado el sarcasmo, escucha, Isabel, y luego me retiraré. Había un hombre en la tierra, que era feliz, porque amaba á una mujer hermosa como el cielo al despuntar la aurora; y todo su porvenir, todo su embeleso, era llamarla esposa, estrecharla contra su corazón.... para que sus latidos le revelaran toda la intensidad de su amor.... porque su amor era inmensurable como el espacio, profundo como los abismos del mar.... ¿Lo oyes, Isabel? La amaba con toda su alma.... con todo el vigor y el entusiasmo de un pecho virgen y virtuoso.... y mil años de vida hubiera dado.... por gozar un sólo momento la dicha inefable de llamarla esposa.... vivir con ella.... respirar su dulce aliento.... ¿qué digo? besar donde ponía su planta.... le habría sido más venturoso.... que dis-



frutar todas las riquezas del mundo.... porque todas las riquezas del mundo las habría dado por una sola mirada. Pues bien; este hombre recibió de su adorada muchos juramentos de constancia.... y él, débil é insensato, los creyó... y la mujer.... la harpía detestable.... lo engañó horriblemente, y anoche.... se unió con otro hombre.... esto es.... cometió un sacrilegio.... porque profanó el sacramento. Y ahora, ¿sabes quién era ese hombre y esa mujer? Responde, "amiga mía."

Isabel sólo lloraba.

—Pues el hombre soy yo, y la mujer tú infame Isabel. Pues bien; oye el objeto de mi venida. Escucha primero el lenguaje del hombre apasionado que te amó hasta ayer. Mira este anillo, mira este rizo de tu pelo. ¡Oh! ¡Con cuánta ternura lo besaba todos los días! ¡Cuántas lágrimas de amor lo regaban! Porque te adoraba, Isabel, con todo mi corazón..... con toda mi alma..... porque eras mi primer amor.... porque eras el único objeto de mis ansias.... mi dicha.... mi consuelo.... mi porvenir. Estaba yo pendiente de tus labios, para servirte en lo que me pidieras, porque era yo tu esclavo.... tu....

—Por el amor que me tuviste.... Enrique, dijo Isabel, te suplico.... te retires.

—¡Por el amor que te tuve! ¿Y te atreves á invocarlo, vil perjura, cuando ese

amor volcánico, poderoso, se ha convertido en un odio atroz, implacable, en un deseo ardiente de sangre y de venganza?

—¡Enrique! por piedad.

—Y tú ¿tuviste piedad de mí, cuando sólo te pedía por única recompensa de mi adoración, una mirada?

—No me castigues, Enrique.

—Hasta aquí no sabes nada; escucha: este rizo de tu pelo y este anillo, los tenía como prendas de tu fe; ésta ha faltado....y así, os las devuelvo; pero de este modo, mirad, hollándolas con mi pie; caigan, aniquídense... y no me quede más memoria.... de esta infame mujer.... que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¿Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el más dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche... que la esposa perjura no llegaría al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volveréis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decís?

—Lo que oís, señora. No existe ya para vos vuestro marido.

—¡Cómo! ¡Oh! ¿Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velación.

—Esperadlo en buena hora; pero tempo

mucho que sólo lo veais . . . en . . . la eternidad.

—Enrique . . . sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenía obligación de quererlos.

—¡Ola! ¿Y teníais obligación de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al menos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

Isabel no oyó más, comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

Su amiga desde el principio había desaparecido, y Enrique también se salió.

No sólo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no había llegado, por lo que no hubo velación.

## VI

### LA VENGANZA

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan. La expresión feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza, que le consumía el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta y la cierra luego por

dentro con precaución. Don Juan se puso en pie; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus mejillas lívidas se inundaron en un sudor frío. Tenía los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto más horrible aún; sus ojos brotaron fuego; sus labios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se para frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus labios, y con aire burlesco y diabólico, dice á Don Juan marcando las palabras:

—Tierno amigo, vuestra novia os aguarda; estais muy despacio.

Don Juan, con los ojos fijos en Enrique, permanecía inmóvil; la cólera lo ahogaba. Al fin, con un acento de desesperación contestó temblando:

—Sois un infame, un pérfido.

—Y vos . . . ¿qué sois, "querido amigo mío?" dijo Enrique; pero acompañó estas expresiones con una mirada tan fría y espantosa, que Don Juan se quedó extático, como si hubiera sido fascinado por aquella mirada glacial.

Después de un segundo de silencio, dijo:

—En nombre del cielo, volvedme mi esposa.

—¿Vuestra esposa? ¿Acaso yo la tengo?

¿No os he dicho que os aguarda en la Iglesia?

—¡ Oh! sois peor que un tigre.

—¿ Por qué, amigo mío?

—Porque traidora y vilmente me habeis quitado mi libertad, me habeis separado de mi esposa, y os gozais en mi dolor.

—¿ Nada más por eso? contestó Enrique; pues entonces, Sr. Don Juan, sois peor que dos tigres. ¿ Lo entendéis?

—Esto es horrible. . . . Dadme mi libertad por dos horas. . . . por una no más. . . . y luego sois libre para matarme. . . . si podéis.

—¡ Si puedo! ¿ Pues no estais en mi poder? Luego soy libre desde ahora para hacer cuanto guste.

—Pero eso será una infamia. . . .

—¡ Infamia! ¿ Sabeis qué es infamia? Si no supiera, "buen hombre" que os chancéis, me enfadaría con vos.

—¡ Oh! por el cielo. Abandonad el sarcasmo. . . y dadme la libertad. . . por dos horas; después. . . os mataré ó me matareis.

—¡ Que abandone el sarcasmo! Por Dios, Don Juan, que no sé qué me sucede con vos. ¡ Oh! Yo os aborrezco. . . con todo mi corazón. ¿ Lo oís?

—Y yo os pago en la misma moneda. . . con toda mi alma.

Al oír estas palabras se conmovió Enrique; se encendió su pálido y extenuado

semblante, y sacando un puñal, dijo con una voz sonora:

—Preparaos, Don Juan, á morir.

Don Juan retrocedió dos pasos, las pupilas de sus ojos se dilataron; un vértigo se apoderó de su cabeza; nada veía, y los objetos giraban á su alrededor. Pasada esta primera emoción, recobra su serenidad; se retira más atrás; mide bien la distancia, y hace ademán de arrojarse sobre su enemigo; mas éste se pone en defensa, y le dice con frialdad:

—Son inútiles todo vuestros esfuerzos; tengo mis medidas bien tomadas; mis criados aguardan mis órdenes, y por nada evitáreis mi venganza.

—Pero esto es horrible, dijo el infeliz D. Juan con el acento de la desesperación, y casi sin poder sostenerse; es horrible matar á un hombre. . . indefenso. . . que no tiene armas. . . que. . .

—Oíd, D. Juan; es más horrible arrojarse uno en los brazos de un "amigo," para que éste lo ahogue entre ellos.

—Enrique. . . ; por Dios!. . . no. . . .

—Es preciso, morireis. . . Escuchadme: ¿ Recordais, D. Juan, aquella noche en que viéndome vos triste y abatido, me preguntásteis la causa de mi duelo? Pues bien; yo os respondí con las lágrimas en los ojos: "Amigo, padezco por un amor cruel que me atormenta. Yo amo á Isabel con todo

mi corazón; mas no estoy correspondido. La amo con ansiedad, como ama el ciego la luz del día." Entonces vos me consolásteis, diciéndome que Isabel sería mía con vuestra mediación. Confíesoos, D. Juan, que en aquel momento os estaba más agradecido que si me hubiéseis dado la vida, porque me dábais una esperanza.... más grata que la misma existencia. Después.... había pasado un año.... me preguntásteis si todavía amaba á Isabel, y os respondí: "Logré su mano, llamarla mi esposa.... mi compañera.... y morir... será la felicidad suprema de mi corazón." Vos me dijisteis: "Temed, Enrique, no sea ese amor correspondido... con una deslealtad." Ah, infame, aún no comprendía tus palabras! Entonces, y después de saber que yo.... amaba.... idolatraba con frenesí á Isabel... vos, mi sincero y "servicial" amigo... me robásteis la mujer única que formaba mi encanto... mi gloria... mi porvenir....

Derramásteis gota á gota en mi corazón la copa de amargura... lo desgarrásteis.... deshicisteis mis ilusiones.... hundisteis en mi pecho un puñal.... me hicisteis sentir las penas del infierno.... en fin, ¿quereis saberlo de una vez?... me habeis quitado tal vez la salvación eterna... porque sólo quiero sangre.... venganza.... sí... sangre quiero.... aunque después expire....

Y Enrique giraba por la estancia, como el lobo que ha olfateado su presa.

Renunciamos el pintar la fisonomía cada-  
vérica y espantosa de aquellos hombres,  
ambos ardiendo en cólera.

Hubo un momento de silencio.

Al fin lo interrumpió D. Juan.—Oídme, Enrique, dijo juntando sus manos; dadme un poco de tiempo para arreglar mis intereses.... renuncio á.... mi.... Isabel... y después nos.... batiremos....

—¿Y quereis que yo me bata con vos?... No, D. Juan; habeis de morir á mi puñal; pero habeis de morir lentamente, ¿lo entenderis? Sí, lentamente, porque lentamente me habeis asesinado. No acabásteis de un solo golpe con mi felicidad, sino poco á poco; no affigisteis de una sola vez mi corazón, sino gota á gota fuisteis derramando en él la amargura. Oh! D. Juan.... oíd.... No tenía en el mundo más que dos objetos que me hacían soportar la vida... mi madre... mi virtuosa madre... y esa mujer.... Isabel.... Me la habeis arrebatado.... ¿qué me resta? ¡Ah! mi misma madre me echará en cara mi debilidad.... Ella que.... amaba tanto á Isabel... que me la deseaba por esposa.... ¿qué diría ahora?... y mis amigos.... No, no, esto es horrible; morireis; pero, lo repito, lentamente... Me gozaré en vuestros tormentos... veré complacido vuestra pausada agonía.... y vuestros ayes me causarán las mismas sensaciones que una melodiosa orquesta. Preparaos.... quiero

vuestra sangre. Y al decir esto, los ojos de Enrique se nublaron; se contrajeron sus facciones, y se precipitó sobre su rival. Este paró el golpe como pudo; después, con la velocidad del tigre que se avalanza sobre su víctima, se arrojó sobre Enrique, y comenzó una lucha fuerte y horrible. Ninguno hablaba; sólo se oía la respiración de ambos y así luchando, duraron algún tiempo. Sin embargo, Enrique hizo un movimiento violento, sacó el brazo armado, vibró el puñal en lo alto, y lo clavó en el pecho de su víctima. D. Juan dió dos pasos atrás, y cayó en un lago de sangre.

## VII

## EL ENCUENTRO

Era la hora del crepúsculo. Los últimos rayos del sol, reflejándose sobre el extenso cementerio de Santa Paula, despedían esa luz melancólica y apacible, que llena de un encanto misterioso, se hace amar del corazón del triste. Diferentes eran los objetos que en aquel lugar recordaban el pensamiento de la muerte; diversos órdenes de sepulcros con variedad de lápidas é inscripciones, último testimonio del amor, de la amistad, y aun á veces también de la vanidad, se extendían en los prolongados corredores de aquel sitio. En una de las puertas

estaba escrito este verso de Job: "Llama, si hay quien te responda." Seguían después más sepulcros, y en uno se leía:

AQUI YACE

EL CUERPO DE DON JUAN\*\*\*

MURIÓ Á LOS 38 AÑOS DE EDAD.

R. I. P.

Reinaba un profundo silencio: todo estaba solitario, y sólo se veía en una de las estancias un bulto negro... era Isabel arrodillada ante un sepulcro... Suena el toque de las oraciones, é Isabel se levanta para retirarse. Caminaba melancólica y abatida, cuando de repente mira delante de sí un hombre que la detiene. Al verlo, lanza un grito de espanto, y dice:

—Retiraos, Enrique... me horrorizáis.

—¿Os horrorizo? preguntó Enrique.

—¿Y osais preguntármelo, después de haber derramado la sangre inocente de mi esposo?

—¡Oh! Isabel, no aviveis en mi corazón una herida que jamás se cicatrizará....

—También... yo padezco por vuestra causa....

—Mirad en ello, señora, el castigo de un delito... la mano del cielo.

—Y vos al hallaros manchado de sangre, ¿no veis esa mano del cielo amenazando vuestra cabeza?

—¿Y quién si no vos ha sido la causa de esa sangre derramada? ¡Oh! no lo dudeis, Isabel; estos remordimientos os seguirán todo el día, y en la noche se sentarán á vuestra cabecera como negros fantasmas... Continuamente oireis una voz, que os dirá: "Mujer sin fe, tú pudiste hacer la felicidad de un corazón recto y puro, inclinado á la virtud, y has sido la causa de que se abandone al crimen; tú despedazaste ese corazón, y tal vez por tí va á arder para siempre... en el infierno."

Mientras Enrique hablaba, se iba demudando completamente el semblante de Isabel, que abatida, y no pudiendo sufrir ya tantas emociones, apenas podía sostenerse: su angustioso llanto no la dejaba articular una sola palabra, hasta que al fin con voz trémula exclamó:

—¡Oh! Enrique; por piedad, no me recordeis mi falta... no me habéis más de esa sangre... de esa muerte... de esos remordimientos, que me seguirán cual fantasmas invisibles... Oíd: Dios me ha oído... le pedí ser su esposa... y mañana... sí, mañana mismo diré un eterno adiós al mundo... Pero escuchad, Enrique; os he hecho infeliz; mas os pido perdón; miradme.

Isabel había caído de rodillas.

—Levantaos, exclamó Enrique llorando y sin saber lo que hacía; levantaos, Isabel... ¡Oh! ¡Dios mío!

—No me levantaré hasta que oigáis dos cosas.

—Decidlas, Isabel, decidlas; pero levantaos.

—La primera... que me perdoneis.

—¡Isabel! Isabel! ¡Por Dios!

—Sí, sí, me perdonareis, Enrique... Y la desgraciada joven derramaba un torrente de lágrimas.

—Levantaos, levantaos, Isabel... yo os... perdono; está bien...

—Pues hay más, exclamó ella; prometedme que no desesperareis de vuestra salvación... que lavareis vuestro crimen.

En este momento las campanas de la capilla doblaban por un muerto, y el eco fúnebre se extendía por aquel vasto y silencioso lugar.

La luz del crepúsculo ya había casi desaparecido; el viento agitaba las copas de los árboles, y de cuando en cuando la rápida luz de un relámpago, iluminando el pavoroso campo-santo, dejaba ver las doradas inscripciones de los sepulcros.

—¡Oh! Isabel! exclamó Enrique. ¡Oh Isabel! Me aconsejáis que lave mi crimen... que procure mi salvación... ¡Qué delirio!... ¡Cuán desgraciado soy!

El joven oculta su rostro entre las manos y queda confuso. Una ráfaga de viento azotó entonces con más fuerza las copas de los árboles, y extendió más el sonido fúnebre de las campanas.

A la luz de un relámpago ve Enrique salir de entre las sepulturas un bulto extraño. Se le erizan los cabellos; gruesas gotas de sudor inundan su rostro pálido y desfigurado, y exclama:

—¡Oh! piedad! piedad! . . . Se levanta.... para castigarme.... mi víctima... mirad.... ¡Oh Dios mío! . . . Isabel... ¡cuán desgraciado soy! . . . huye... ya se acerca... mira su sombra... ¡Dios, defiéndeme! . . . huye, Isabel... soy criminal... .

Isabel, fuera de sí, estaba como petrificada.

El bulto que Enrique vió salir de entre los sepulcros, era uno de los enterradores, que acercándose á los infelices jóvenes, les avisó que siendo muy tarde, debían retirarse.

Algunos momentos después ambos habían salido.

## VIII

## EXPIACIÓN

Pasado algún tiempo después de la escena del cementerio; en una de esas noches oscuras y silenciosas, en que sólo se distingue la débil luz de las estrellas, se oía á lo lejos el pausado sonido de una campana: era el toque de maitines que en un retirado convento llamaba á los siervos de Dios á la oración.

Por un angosto y dilatado tránsito, casi enteramente oscuro, pues sólo recibía la luz de una lámpara moribunda, se dirigía con paso grave al coro un religioso; llevaba la vista baja, calada la capucha y los brazos cruzados sobre el pecho: en todo su aspecto se echaba de ver al austero penitente del claustro.

Al despuntar la aurora del siguiente día, alumbrando con su apacible luz las elevadas cúpulas de los templos, una joven, vestida con el hábito de las esposas del Señor, oraba en el coro de un monasterio, postrada con modestia y humildad ante la imagen del Redentor crucificado. . . .

Enrique é Isabel, expiando sus extravíos en el retiro de los claustros, encontraban un alivio á sus penas. . . .

En medio del infortunio, no hay bálsamo más dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religión.



## JULIO Y ADELA.

---

Era una hermosa mañana de Abril: el cielo estaba limpio y despejado; gorjeaban las aves en los bosques, y se percibía el suave aroma del aura, que se embalsamaba al pasar por las florestas.

En una pieza contigua á un hermoso jardín, se hallaban jugando dos tiernos y graciosos niños. Era el uno una bella jovencita de agradable fisonomía, ojos azules y expresivos, boca pequeña y rubios cabellos; su traje era sencillo, pero de gusto. Esta niña se llamaba Adela; su hermano Julio, que era el otro niño, tenía casi las mismas facciones, con la diferencia de que su aire era más vivo y más picaresco que el de Adela.